

MEDITACIÓN TEOLÓGICA SOBRE EL SACERDOCIO MONÁSTICO

El sacerdocio ministerial monástico, en el ámbito de una Iglesia que el Concilio ha definido como: sacramento –signo e instrumento– de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano⁵⁸², es una vocación especial, asumidora del sacerdocio bautismal y continuadora del sacerdocio de los “enviados” –apóstoles– por Cristo, Sumo y Único Sacerdote; es, asimismo, un complemento –por lo tanto un don no esencial– del carisma de la consagración monástica.

Este llamado al sacerdocio reafirma al monje, agregándole una nueva dimensión, en su función de “sacramento” de los últimos tiempos, tiempos que ya estamos viviendo Y que maduran hacia la plenitud.

El monje-sacerdote tiende a centrar su ministerio, aunque no lo reduce, en el servicio comunitario y universal de la proclamación sacramental de la muerte del Señor en la Cena Eucarística hasta que el Señor venga y recapitule todo en la unidad.

La Cena Eucarística como realidad escatológica

La Cena del Señor, el Sacramento del Amor, se orienta hacia los últimos tiempos, hacia la venida del Señor y la implantación definitiva de su Reino. Así lo expresó Jesús en el momento de su institución: “Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba nuevo en el Reino de Dios”. Y, del mismo modo lo comprendió la tradición primitiva: “Cada vez que coméis este pan y bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga”⁵⁸³.

Aún podemos ir más lejos, constatamos que, tanto el “ágape” de la entrega de Cristo por medio del Espíritu⁵⁸⁴ cuanto la misma “entrega” son también realidades completas, permanentes, fundadas en el Reino futuro, irrupción de Dios en la historia del hombre: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros”⁵⁸⁵, y este amor tan personal –“me amó y se entregó por mí”–⁵⁸⁶ se manifestó en la “plenitud de los tiempos”⁵⁸⁷. Además, esta entrega amorosa se “realizó de una vez para siempre”⁵⁸⁸ y reclama ser imitada⁵⁸⁹ a fin de que nuestro amor tampoco “acabe jamás”⁵⁹⁰. La puesta en práctica de este amor nos es posible dado que al llegar “los últimos días”⁵⁹¹ el “amor de Dios fue derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”⁵⁹².

La plenitud de los tiempos, pues, ya ha llegado⁵⁹³, la renovación del mundo está irrevocablemente decretada. Hemos sido sellados con el Espíritu Santo que es “prenda de

⁵⁸² Cf. *LG* 1; 48.

⁵⁸³ *Mc* 14,25 y par.; *I Co* 11,26.

⁵⁸⁴ *Hb* 9,14.

⁵⁸⁵ *Rm* 5,8; cf. *Jn* 3,16 ss.; *I Jn* 4,9-10.

⁵⁸⁶ *Ga* 2,20.

⁵⁸⁷ *Ga* 4,4-5.

⁵⁸⁸ *Hb* 8,27.

⁵⁸⁹ Cf. *Ef* 5,1-2.

⁵⁹⁰ *I Co* 13,8.

⁵⁹¹ *Hch* 2,27.

⁵⁹² *Rm* 5,5.

⁵⁹³ Cf. *I Co* 10,11.

nuestra herencia”⁵⁹⁴. Sólo esperamos la “consumada plenitud” que tendrá lugar cuando llegue el tiempo de la “restauración universal”⁵⁹⁵ y todo sea “perfectamente renovado en Cristo”⁵⁹⁶.

Mientras llegan los “cielos nuevos y la tierra nueva”⁵⁹⁷, el Señor “estando sentado a la derecha del Padre, actúa –mediante su Espíritu Vivificador– sin cesar en el mundo para conducir a los hombres a la Iglesia, y, por medio de ella, unirlos a sí más estrechamente y para hacerlos partícipes de su vida gloriosa alimentándolos con su cuerpo y sangre”⁵⁹⁸.

Dimensión escatológica y función unificadora del sacerdocio

Estas cualidades “escatológicas” de la Cena, el ágape, la entrega y el Espíritu, indican la índole escatológica de la obra sacerdotal del Señor y, por lo mismo, de todo sacerdocio cristiano, como así también el poder unificante de estas realidades.

El misterio de la voluntad del Padre, que se propuso de antemano realizar en la “plenitud de los tiempos”, es hacer que todo “tenga a Cristo por Cabeza”⁵⁹⁹; y la oración sacerdotal de Jesús no es otra que:

“Padre, ha llegado la hora... Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno, Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que me has enviado”⁶⁰⁰.

La Iglesia, al celebrar el memorial de la pasión del Señor, después de consagrar el único pan que hace uno a los que son muchos⁶⁰¹, se hace eco de este deseo del Maestro rogando la intercesión de aquel Espíritu en el que “hemos sido todos bautizados para no formar más que un solo cuerpo”⁶⁰².

“Te pedimos, humildemente, que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y Sangre de Cristo”⁶⁰³.

Dimensión escatológica y función unificadora del monje y en especial del monje-sacerdote

La vida del monje es también una vida de orientación escatológica. Son precisamente ese Reino, ese ágape, ese sacrificio y Espíritu del Señor la meta de su vivir, además de su esencia y pujanza.

Juan Casiano resume así, en su diálogo con el Abad Moisés, las aspiraciones del desierto:

“El fin último de nuestra profesión es el Reino de Dios o Reino de los cielos... nuestro blanco, o sea, nuestro objetivo inmediato es la pureza de corazón... que es la caridad... a ella se supeditan las cosas que están en un plano secundario, como, por ejemplo, los ayunos, vigiliias, retiros...”⁶⁰⁴.

⁵⁹⁴ *Ef* 1,14.

⁵⁹⁵ *Hch* 3,21.

⁵⁹⁶ *LG* 48; cf. *Ef* 1,10; *Col* 1,20; *2 P* 3,10-13.

⁵⁹⁷ *2 P* 3,13; *Ap* 21,1.

⁵⁹⁸ *LG* 48.

⁵⁹⁹ *Ef* 1,9-10.

⁶⁰⁰ *Jn* 17,1. 22-23.

⁶⁰¹ Cf. *1 Co* 10,17.

⁶⁰² *2 Co* 12,13.

⁶⁰³ *Canon* II, cf. los canones III y IV.

⁶⁰⁴ *Colaciones*, I: 4, 7; para un desarrollo más completo ver *Instituciones*, IV,43.

Para ser monje es necesario sufrir. No sin razón el ascetismo monástico ha sido comparado al martirio, o mejor, ha sido considerado como sucedáneo del martirio. El mismo Casiano dirá que los monjes son mártires vivientes, crucificados todos los días al mundo por la paciencia y la entera abnegación⁶⁰⁵. La ascesis monástica es una muerte mística que se consume en íntima unión con la de Cristo en lo alto de la Cruz. A la objeción “¿Quién podrá llegar hasta el término del arduo camino de la vida monástica?”, responde Filoxeno de Mabbug: “No se puede llegar al fin más que por la muerte, pues Nuestro Señor ha decretado la muerte de Cruz para el que marcha por este camino”⁶⁰⁶.

Del mismo modo, según la tradición monástica, el asceta que ha llegado a la cima de la “praxis” hace un pacto con el Espíritu o es objeto de su especial comunicación. Pero, el Paráclito ayuda antes al monje endulzando su trabajo espiritual:

“El Espíritu Santo sopla donde quiere. Pero sopla especialmente en las almas castas, santas, rectas y buenas. Si le obedecen, el Espíritu les da el temor de Dios y el fervor primero. El cual, habiendo arraigado en ellos, les hace despreciar el mundo, sea el oro, sea la plata, sean las joyas, sea el padre, sea la madre... y por este medio hace que la obra ascética les parezca más dulce que la miel y el panal, ya se trate del trabajo, ya del ayuno, o de las vigiliass...”⁶⁰⁷.

Y si el monje se muestra digno de su profesión recibirá el mismo Espíritu que habían recibido los padres monásticos:

“Si queréis recibirlo, entregaos al trabajo del cuerpo y al trabajo del corazón. Y dirigid vuestros pensamientos hacia el cielo noche y día pidiendo de todo corazón el Espíritu Santo, y se os dará... Y luego que recibiereis este Espíritu, os revelará todos los misterios celestes. Estaréis libres de toda clase de temor, y un gozo celestial se apoderará de vosotros; de tal suerte que estando aún en el cuerpo, será como si ya hubierais entrado en el Reino”⁶⁰⁸.

Por último, parece interesante recordar las palabras con las que fue llamado san Pacomio –Padre de los cenobitas– al servicio de Dios: “La voluntad de Dios es que sirvas a la humanidad reconciliándola completamente con Él”⁶⁰⁹.

Creo, entonces, que podemos considerar al monje como uno que, oculto con Cristo en Dios⁶¹⁰, orienta y recapitula todo en y hacia lo último y definitivo –que ya está presente en este mundo– mediante su conformidad existencial con la gracia bautismal y la reproducción, por obra del Espíritu, de la imagen pascual del Señor⁶¹¹.

El monje-sacerdote, que por la unción del Espíritu Santo ha sido configurado a Cristo Cabeza⁶¹², “actualiza”, además, sacramentalmente, en la Eucaristía –pan de vida y unión fraterna–⁶¹³ la entrega definitiva y el amor unificante de Cristo, para santificación de los hermanos en la unidad⁶¹⁴, para que Cristo habite en sus corazones⁶¹⁵ y para alabanza de la gloria del Padre⁶¹⁶. Es así sacramento del Espíritu que es principio de la unidad en la comunión⁶¹⁷.

⁶⁰⁵ Cf. GARCÍA M. COLOMBÁS, *La espiritualidad del monacato primitivo en Historia de la Espiritualidad*. Barcelona: Juan Flors, Ed., 1969, t. I, pp. 557-558.

⁶⁰⁶ *Idem*.

⁶⁰⁷ Ammonas, *Carta I*, MG 40,977 ss.

⁶⁰⁸ *Idem*. *Carta 13,8*; para la relación monje y Espíritu cf. GARCÍA M. COLOMBÁS, *op. cit.*

⁶⁰⁹ *Les Vies coptes de saint Pachome et de ses premiers successeurs*, traduction française par L. Th. LEFORT (Bibliothèque du Muséon, vol. 16). Louvain. 1943, pp. 60-61.

⁶¹⁰ Cf. *Col* 3,3.

⁶¹¹ Cf. *2 Co* 3,18; *Rm* 8,29; *Col* 3,9-11; *1 Co* 15,49.

⁶¹² *PO* 2, 10; *LG* 10.

⁶¹³ Cf. *Jn* 6; *1 Co* 10,14-17.

⁶¹⁴ Cf. *Jn* 17,17-19; *SC* 7.

En esta actualización es, simultáneamente y a nuevo título –por su profesión monástica y su unción sacerdotal–⁶¹⁸ ofrenda y oferente de la auto-entrega del Único Sacerdote, Cristo Jesús.

Dimensión universal y función “cósmica” del sacerdocio monástico

El servicio de la actualización sacramental de la Pascua del Señor, por ser acto del mismo Señor y su Iglesia⁶¹⁹, no se reduce al medio circundante, sino que tiene un alcance de proyección universal: la entrega de Cristo ha sido en rescate de todos⁶²⁰ y al ser levantado a lo alto atrae a todos a Sí, a fin de reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos⁶²¹.

El monje-sacerdote –fortalecido por el Espíritu Santo en su “hombre interior”⁶²² y consciente de que por estar en Cristo es, gracias a la cruz, una “nueva creación”⁶²³, un hombre nuevo⁶²⁴, según la imagen de su Creador, donde ya no hay división sino que “Cristo es todo y en todos”⁶²⁵– preside una “liturgia cósmica” proclamando la Buena Nueva a toda creatura⁶²⁶ como “embajador de Cristo”, en quien Dios “reconcilió” todo el cosmos consigo pacificando mediante la sangre de su cruz todo lo que hay en la tierra y en los cielos⁶²⁷.

Todas las creaturas son así aliviadas en sus gemidos y dolores de parto mientras llega el día de la “revelación de los hijos de Dios” y el rescate de nuestros cuerpos mortales⁶²⁸.

El monje-sacerdote: hombre en relación

Por su profesión, el monje-sacerdote, se ofrece a Cristo vinculándose con su abad y la comunidad monástica como un hijo más entre los hermanos.

Por su unción es identificado vital e irrevocablemente con Cristo, participando de su misión⁶²⁹ y de sus poderes, en comunión con su obispo⁶³⁰, como un presbítero entre los presbíteros⁶³¹ para servicio del Pueblo de Dios.

Todos participan de un mismo ministerio que expresan, al igual que aquel en quien se origina, en diferentes funciones –pastorales, proféticas y cúlticas– de diaconía salvífica, bajo cada una de las cuales puede ser concebida la totalidad del ministerio; además de otras tareas, según aptitudes, necesidades de la comunidad y signos de los tiempos⁶³².

El monje-sacerdote orienta y circunscribe su ministerio hacia la Cena Eucarística, según su especial vocación y las necesidades últimas y esenciales de los hombres; lo hace efectivo y

⁶¹⁵ Cf. *Jn* 6,5.

⁶¹⁶ Cf. *Jn* 17,1. 4.

⁶¹⁷ Cf. *LG* 13.

⁶¹⁸ San Gregorio, *Diálogos* IV,59.

⁶¹⁹ Cf. *SC* 26-27.

⁶²⁰ Cf. *Mc* 10,45; 14,24 y par.

⁶²¹ Cf. *Jn* 11,51-52; 12,32.

⁶²² *Ef* 3,16.

⁶²³ *2 Co* 5,17; cf. *Ga* 6,15.

⁶²⁴ *Ef* 4,25.

⁶²⁵ *Col* 3,10-11.

⁶²⁶ Cf. *Mc* 16,15.

⁶²⁷ Cf. *2 Co* 5,16-21; *Col* 1,20; *Ef* 1,9-10.

⁶²⁸ *Rm* 8,18-27.

⁶²⁹ Cf. *LG* 10, 28; *PO* 1-2.

⁶³⁰ Cf. *LG* 20-21, 28; *PO* 2, 7; *CD* 34-35.

⁶³¹ Cf. *PO* 8; *LG* 28; *CD* 28.

⁶³² Cf. *PO* 6, 8-9, 17.

“radiativo” en y desde su ámbito monástico. En ella anuncia la muerte del buen pastor que dio el pan de su carne para vida del mundo⁶³³.

Esta más clara orientación sirve a sus hermanos en el presbiterado y a todos los hombres como un signo y testimonio –oficio pastoral y profético– de allí donde encuentra su cumplimiento todo ministerio y toda la vida cristiana⁶³⁴ y donde sacia su sed la aspiración humana de comunión de todos los hombres entre sí y con el Padre, es decir, sed de vida eterna⁶³⁵.

*Monasterio Trapense
Nuestra Señora de los Angeles
C.C. 34 - Azul
Prov. Buenos Aires, Argentina*

Azul, Navidad de 1972.

⁶³³ Cf. *1 Co* 11,26; *Jn* 6,51.

⁶³⁴ Cf. *LG* 11, 26, 28; *PO* 2, 5, 6; *SC* 10, 48; *AG* 9; etc.

⁶³⁵ Cf. *GS* 19.